nadie, para nadie, esa ley dominará y transfigurará el mundo; y cuando quiera un puñado de hombres de genio, y sobre todo de corazón, se levante, veremos el reino de Dios en la tierra, el reino de la justicia, de la verdad, de la fraternidad.

»Van á ser inauguradas, hermanos, las leyes que Dios debía dar á sus hijos y que les dió en efecto, leyes que ha tiempo se cumplirían si los hombres hubieran sido realmente piadosos; ahora serán entronizadas, si es que nos queda un resto de caridad.

»De esta suerte, hermanos, se consumarán las divinas promesas por las que el Cristo derramó toda su sangre, y serán acogidas las oraciones hechas por tantos pueblos durante tantos siglos, si es que conservamos un rayo de esperanza y de fe.

»Ea, hermanos, transfórmese ya nuestro grito de angustia en un cántico de resurrección social, en un himno de triunfo y de libertad; y confiando en Dios, confiando en vosotros, yo os saludo en nombre de la caridad. ¡Dios nos salve para que salvemos á la humanidad!».

Tal es la confianza que hasta los sectarios abrigan respecto de la próxima renovación religioso-social de las sociedades, renovación que no pocos católicos tienen por despreciable utopía, porque se desdeñan de considerar las leyes providenciales del gobierno de Dios, ó de la historia.

En lo que sigue se hallarán testimonios de otros enemigos de la Iglesia.

(*Luz Católica*, núm. 71=3 Febrero 1902).

Predicciones varias en confirmación de las profecías.

Leemos en el libro *Histoire du Schisme des Grecs*, del P. Luis Maimbourg:

«El Oriente está en grande expectación. Sus tradiciones le anuncian que un rey de los francos (quiere decir *latinos)* será á un tiempo su vencedor y su salvador».

—La siguiente la extrae Dujardin de un opúsculo dedicado en 1550 (tal vez sea 1480) al Rey de Hungría Matías:

«Los cristianos, movidos de un arrojo espontáneo, pasarán

el mar con tanta rapidez y con tan gran número de milicias, que parecerá que todos los cristianos hayan volado al Oriente. La fe de nuestro Señor Jesucristo, penetrando en todas las provincias del imperio oriental, hará cesar la religión mahometana».

—*Il Vaticinatore*, de Da Macello, copia de un periódico lo que sigue:

«El Oriente, hasta ahora inmóvil, está á punto de moverse, según lo afirma el testimonio de los misioneros. Un sacerdote francés que fué á la Abisinia dice que en todas las partes del Oriente en donde él predicó ó recorrió, se espera una revolución, y que la que aconteció en 1840 no era sino como el principio de este mismo grande acontecimiento.

—Es general en Abisinia, según se desprende del *Propagador de la fe* ó del *Journal d'Anvers*, del cual fué tomada la siguiente predicción:

«Un día la Meca, Medina y otras ciudades de la Arabia feliz serán destruídas, y las cenizas de Mahoma, como también las de sus partidarios, serán esparcidas á los cuatro vientos del cielo. Habrá un príncipe cristiano nacido en un país septentrional (respecto de Abisinia) que obrará todo esto y tomará al propio tiempo posesión del Egipto y de la Palestina.

—En el *Recueil chretien*, impreso en 1611 en París, se copia lo siguiente, tomándolo de otro libro impreso en 1561:

«Los turcos serán destruídos; se verán hombres que pasarán el mar en grandes flotas, y la Iglesia de Santa Sofía (en otro tiempo catedral del Patriarca de Constantinopla y convertida por el turco en Mezquita principal) será recobrada muy fácilmente y realzada con grande estima. El león salvaje (el turco) será conducido á la Madre Iglesia cristiana con un lazo de seda, y se hará una nueva reforma que durará mucho tiempo. Y el nombre del Emperador de los turcos no se oirá pronunciar más entre los católicos.

—Eugenio Boré, sabio viajero que habitó algún tiempo en Persia, refiere en sus cartas sobre este país, que es una antigua tradición difundida en el Kurdistán que van á llegar los tiempos en que la raza latina subyugará el Oriente y someterá á su domina-

ción los discípulos del profeta. En la opinión de estos pueblos, el islamismo es una señal no equívoca del fin próximo del mundo.

—Existe también en Damasco una predicción sacada de cierto libro árabe muy estimado de los turcos, titulado el *Gefer*, el cual anuncia que Constantinopla será en breve conquistada por los rusos; pero que será recobrada poco tiempo después por uno de los sucesores de Mahoma, el cual, «ayudado por los liberales de Europa, saqueará é incendiará á Roma». Añade este vaticinio que se levantará entre los cristianos un gran príncipe que reconquistará y restablecerá á Jerusalén.

—Se pretende que existe en la Mezquita de Omar, en Jerusalén, una tabla de mármol verde clavada en el suelo, que lleva la señal de diez y ocho clavos de plata que se miran como signos proféticos de ciertas revoluciones del mundo. Quince de estos clavos han desaparecido en quince grandes épocas anteriores á nuestra edad: los demás deben seguir á su vez, y cuando el último desaparezca, la plenitud de los tiempos habrá llegado y el mundo acabará.

—*La Semana Católica* de Montauban publicó la siguiente leyenda musulmana, que encierra una notable profecía:

«Los musulmanes cuentan que en el momento en que ellos tomaron á Constantinopla, un sacerdote católico, que estaba celebrando Misa en Santa Sofía, cogió el Santísimo para librarlo de profanaciones; pero que como no supiera á dónde huir, y anduviera vacilando, uno de los pilares de la inmensa basílica se abrió de un modo maravilloso ante él para ofrecerle un asilo, cerrándose inmediatamente.

«Según esa leyenda musulmana, el sacerdote continúa dentro de la pilastra, y aun suele hacerla oscilar, moviéndose de tiempo en tiempo; pero no puede salir de ella hasta el día en que le sea dado acabar su misa interrumpida, y aquel día el mundo entero será católico.

»En esto se encierra una alegoría preciosa, una imagen encantadora. Ha más de trescientos años que el culto público católico se interrumpió en muchos puntos del globo; pero el sacerdote permanece en todos ellos, conmueve de tiempo en tiempo el mundo, y muy pronto en el mundo entero no habrá más que un solo sacrificio, una sola religión y un solo Dios».

—Hállanse en la *Historia general* de César Cantú las siguientes predicciones mitológicas. Bajo el velo figurado del mito se encierra una profecía relativa á los tiempos presentes. Cantú la extracta del *Edda*, poema germánico y escandinavo.

«Vendrá un día en que los genios del mal prevalezcan, y entonces habrá tres inviernos, y hambres, y pestes, y homicidios y terremotos; se desbordará el Océano, y en su superficie ondeará el Neglefar, barco hecho de uñas de muertos (1), sobre el cual perseguirán los gigantes á los dioses. Midgard (2) ensoberbecerá las olas, y arrojará el veneno por los aires (3). Feuris (4) abrirá sus fauces, una de las cuales tocará en la tierra, la otra en el cielo (5). Lok (6) estará á la cabeza de todos, y Surtur (7) le seguirá. Asaltarán la fortaleza celeste (8); serán vencidos los dioses (9); arderá el mundo y los hombres perecerán. Entonces resucitará Balder (10); Allfaller (11) creará una tierra nueva, más risueña y agradable, y la iluminará un hijo del sol» (12).

—He aquí otro trozo que, bajo el mismo disfraz del mito ó simbolismo, encierra tradiciones históricas

---

(1) ¿Indicará esa figura la rapacidad despojadora de los hijos de siglo?

(2) La gran serpiente ó el mar.

(3) ¿Aludirá á la Inglaterra, y á futuras batallas navales?

(4) El lobo rapaz, hijo de Lok.

(5) ¿No habló Mr. Thiers de los lobos de la casa de Saboya? ¿No ha devorado dicha casa los Estados del rey de Nápoles, y de los Ducados de Italia representados por la tierra, y el Patrimonio de la Iglesia simbolizado por el cielo?

(6) El espíritu ó genio del mal.

(7) Esta palabra significa fuego y gigante; guerra colosal.

(8) Roma y los palacios del Papa.

(9) Príncipes de la Iglesia.

(10) Dios bueno y amable, principio del bien, idea de lo bello.

(11) El Ser supremo.

(12) ¿Querrá decir un príncipe, en estilo alto y sagrado? ¿Querrá decir un hijo del Mediodía? Esto parece lo seguro. Es el Gran Monarca.

y sociales relativas al porvenir y corrobora el primero.

«El fin del mundo, según la mitología de los Escandinavos, se llama el opúsculo del tiempo y de los dioses. Llegado aquel tiempo, todos los seres malignos, retenidos hasta entonces en prisiones, se desencadenan y rompen la guerra contra los dioses (1): un lobo se traga el sol, otro la luna (2), caen las estrellas del cielo (3), vacila la tierra y se desquicia hasta en sus fundamentos (4). Sacudiendo su letargo la inmensa serpiente del mundo (5), álzase de las aguas y viene furibunda á tierra (6). El lobo Feuris, hijo de Loke, rompe la cadena (7); la gran nave Neglefar, construída con las uñas de los muertos, viene sobre las crestas de las ondas. Loke capitanea los gigantes que habitan los montes de hielo (8) y los secuaces de Hela (9): Odín (10) sale contra el lobo Feuris (11), Thorr (12) contra la gran serpiente (13), Tyr contra Gaimir, el can infernal (14), Heimdarll contra Loke; pero aunque Gaimir y Loke caen, y el lobo Feuris queda muerto por Widar, hijo de Odin, los antiguos dioses son vencidos por obra especialmente de Surtur, quien con sus tropas, todas resplandecientes de fuego, cabalga sobre el puente Bifrort (15), con tanto ímpetu, que se le rompe de bajo. Un mar de llamas destruye el antiguo mundo, después de lo cual aparece una nueva tierra más bella que la primera, y habitada por los dioses resucitados y rejuvenecidos» (16).

---

(1) El clero.
(2) Recuérdense las imágenes del Apocalipsis.
(3) Dícenlo el Evangelio y Apocalipsis.
(4) ¡Qué verdad!
(5) El mar: la revolución.
(6) Grandes trastornos y desbordamientos de dicho elemento, ó sea de la revolución.
(7) Nueva semejanza con Satanás encadenado por mil años.
(8) Recuérdese á Bug de Milhas.
(9) Diosa de la muerte.
(10) El Dios de la victoria.
(11) Batallas terrestres.
(12) El Dios del trueno, el Júpiter de los Germanos.
(13) Batallas navales.
(14) Tyr es Marte.
(15) El Arco-Iris.
(16) Tal es el segundo trozo. Debe hacerse una advertencia importante. Los germanos vinieron á Europa, según los historiadores, del Kerman, país de la Persia. Siendo, pues, las tradiciones del maguismo muy semejantes á las hebreas, ¿qué extraño es que en la mitología de los germanos y escandinavos se encuentren algunas

—Keplero, el matemático famoso del siglo XVII, observando el cometa que apareció en 1604, compuso un eruditísimo libro, en el cual consignó las siguientes predicciones:

«Parece que se levanta en la tierra un nuevo Estado, á cuyo universal imperio se sujetarán un día todos los reinos que al presente están inquietos por las guerras, de tal modo que el mundo demasiado turbulento y feroz por algún tiempo, se apacigüe bajo la tutela del Gran Monarca».

«Son conocidos, dice también, varios vaticinios de los mahometanos, por los cuales se quiere probar que va llegando el tiempo en que ha de perecer su religión. Les parece á ellos que Dios ha querido indicar esto mismo con la aparición de la nueva estrella en Sagitario con el Sol y Júpiter, que ellos dicen favorecen á los cristianos, mientras que Marte favorece á los turcos, de lo cual se concluye astrológicamente la victoria total de la Religión cristiana contra la secta de los mahometanos».

—Justo Lipsio, en su libro de Constancia, después de haber demostrado que nada hay que tenga firmeza en este mundo, predice la ruina del imperio turco diciendo:

«Entrad vosotros también en este número, oh escitas, antiguamente vestidos de pieles, que hoy con el nombre de turcos gobernáis con poderosa mano y tenéis en ella las riendas del Asia y de la Europa. Mas vosotros mismos perderéis presto el lugar que tenéis y le dejaréis á aquella gente habitadora de allá del Occidente ¿Por ventura me engaño yo? ¿O estoy viendo que del Occidente nace y se levanta el Sol de un nuevo imperio?»

---

tradiciones hebreas sobre el Gran Rey temporal, disfrazadas con la máscara de los dioses y personajes simbólicos?

IV

El Deseado.

El Gran Rey prometido.

Nos parece que, después de leído lo anterior, no se dirá que los verdaderos Profetas andan solos y nosotros les hacemos decir lo que queremos. Sabios cristianos, oráculos infieles y personajes no católicos confirman á los Profetas. Si quisiéramos extendernos en este punto, llenaríamos un gran volumen. Basta lo citado; pasemos ya á leer predicciones más cristianamente concebidas que las últimas.

El título de *El Gran Rey prometido* no es nuestro; es de un autor francés muy estudioso y erudito en la materia, que lo puso hace poco en un artículo consagrado á la misma. En Francia, en Italia y otros países no se reputa cosa de ilusos el asunto del Gran Monarca; escritores ilustres, críticos notables, sacerdotes y legos hay en gran número que lo estudian y discuten maduramente, como nuestros lectores han podido ver en el curso de *Luz Católica*. Sólo en España, patria del Gran Monarca, es donde el estudio de esa materia interesantísima da título de iluso y visionario, por definición de los que sentencian sin conocimiento alguno de causa ó en virtud de sus pestilentes políticas de partido.

Abandonémoslos á su réprobo sentir, ya que no quieren entender, y veamos qué nos dice con el título precendente el citado autor francés. Apareció su artículo en la revista *L'Echo du Merveilleux*, correspon-

diente al 15 del que cursa; á continuación lo ponemos, traduciéndolo literalmente:

«Según dije ya en otro artículo que versaba sobre las profecías, la mayor parte de los comentadores ó intérpretes de estas profecías, sobre todo durante algunos de los años siguientes á 1870, quisieron reconocer en Enrique V al *Rey* prometido para salvar la Francia (1) y restaurar la Religión, creyendo que las desdichas y los desastres que nos abatieron con la guerra franco-alemana eran los que debían preceder inmediatamente á la venida del Gran Rey (2), y que Enrique V, que muchos creían era el úuico descendiente directo, autorizado, de la *Cape* y de San Luís, debía forzosamente subir al trono.

La muerte de Enrique V probó que estos intérpretes erraban en cuanto á la persona; y además, este príncipe no era el único descendiente de San Luís, y *él lo sabía* (3); otros había más directos. En cuanto á los males que padecimos hace treinta y dos años, eran casi nada en comparación de los que nos esperan (4).

Las profecías relativas al Gran Rey son muy numerosas en Francia, y hasta se ven algunas especiales para la Prusia y para Italia, que asimismo hacen mención de este Monarca (5) y le atribuyen la maravillosa misión de pacificador de los pueblos y restaurador de la Religión Católica en Francia y Europa.

---

(1) ¿La Francia nada más? Sería milagro que un autor francés no fundiese en los intereses de Francia los de todo el mundo.

(2) Por aquí se ve cuán general es la creencia en lo que tantas veces ha anunciado *Luz Católica*, esto es, en los grandes males de guerras, pestes, etc., que deben preceder á la restauración por el Gran Monarca.

(3) Otros lo sabían también; en los números 18 y 19 de este semanario dimos algunas pruebas. Quizá por eso Enrique V no quiso ser rey de Francia, pues fácilmente podía serlo.

(4) Véase la nota (3) de esta página. Por aquí se ve también lo que otras veces hemos dicho; que por aquellos años debían cumplirse las profecías, no con Enrique V, sino con Carlos VII; pero se aplazó su cumplimiento por causas de que ya nos hemos ocupado.

(5) Un francés no suele ser imparcial cuando se trata de España; aquí ni siquiera se la nombra, á pesar de que el Gran Rey debe ser Español y reinar en España, según probaremos hasta la evidencia con textos proféticos y deducciones rigurosas.

Entre todas estas profecías hay una cuya precisión me ha llamado especialmente la atención, bien que su origen es un poco obscuro, pues se hallan varias versiones de ella, tanto en latín como en francés de diversas épocas: los textos latinos parecen indicar incontestablemente un origen muy antiguo. Como quiera que sea, he aquí un sucinto resumen de dicha profecía:

«—Una noche que Hugo Capeto (987-996) meditaba sobre los negocios del reino de Francia, uno de cuyos principales feudatarios era, vió aparecer un venerable anciano, vestido de abad, el cual le dijo en tono severo: «¿Qué haces ahí?» Hugo respondió asombrado: «¿Quién sois vos, venerable Padre?»

»—Yo soy, respondió la visión, Valery, abad del monasterio de Leuconay; Dios mismo me envía para darte sus órdenes. El venerable confesor Riquier y yo hemos sido desterrados de nuestros monasterios y puestos en cautiverio por Arnoul, conde de Flandes, y Dios te ha escogido para que seas el instrumento de su justicia. No te detengas en arrojar pronto de nuestras dos abadías á los usurpadores que las han invadido, devuelve á ellas mis reliquias, haz volver allí los religiosos expulsados y reflorecer la antigua disciplina. Si lo cumples, te prometo de parte del Señor, quien se ha dignado escuchar las oraciones del bienaventurado Riquier y mías, que serás Rey y que tus descendientes ocuparán el trono de Francia durante siete (1) sucesiones».

»La visión desapareció, y poco tiempo después, Hugo Capeto llevó á cabo lo que se le había ordenado y luégo subió al trono».

Esta predicción de San Valery á Hugo Capeto no se ha realizado enteramente, pues hasta hoy la dinastía capetiana no ha tenido más que seis sucesiones, á saber:

1.ª Rama directa desde Hugo hasta Carlos IV, muerto sin sucesión (987-1326).

2.ª Rama de los Valois, desde Felipe VI hasta Carlos VIII, muerto sin sucesión (1326-1498).

3.ª Rama de los Valois, Orleans y Angulema, desde Luis XII hasta Enrique III, muerto sin sucesión (1498-1589).

4.ª Rama de los Borbones, de Enrique IV á Luis XVI (1589-1793) (2).

---

(1) Es notable el papel que juega en estas materias el número *siete*, lo mismo que en el Apocalipsis.

(2) De esta rama primogénita, pero anteriormente á Luis XIV, desciende el Gran Monarca, según los profetas y sus intérpretes, y para nosotros está casi fuera de duda que desciende de ella por el

5.ª Rama primogénita de los Borbones, desde Luis XVIII hasta la caída de Carlos X (1814-1830).

6.ª Rama Borbón-Orleans, en la persona de Luis Felipe (1830-1848).

Como se ve por esta enumeración razonada é histórica de la descendencia de Hugo Capeto, seis veces ha ocupado esta descendencia el trono de Francia; y para que la profecía se realice enteramente, es necesario que lo ocupe una vez más. Esto sucederá sin falta, porque todas las profecías declaran por unanimidad que el Gran Rey prometido será un descendiente de la Cape, y que por derecho de nacimiento usará el blasón de las flores de Lis. No hay, pues, duda en este punto: será de sangre capetiana (1).

¿Quién será este Rey? ¿De dónde saldrá? ¿Cuándo vendrá? Complicadas son estas cuestiones, y es difícil responder con gran exactitud (2).

En 1899 publiqué un folletito titulado: *Ce qui doit arriver au commencement du XXe siècle* (3); y en dicho folleto, siendo yo partidario convencido de la *Survivance*, esto es, teniendo por cierto que Luis XVII no murió en el Temple, daba á entender que uno de los nietos del Rey mártir (4), descendiente directo de la *Cape* y legítimo posesor del blasón flordelisado, me parecía que debía ser el Escogido, el Gran Rey prometido.

---

llamado «Máscara de Hierro». La rama española no es la primogénita. Todas las profecías la excluyen.

(1) Conformes; pero eso no prueba que haya de ser Rey de Francia, y menos francés: en casi todas las naciones de Europa hay descendientes de Hugo Capeto, y no pocos son desconocidos. La séptima sucesión de Hugo, que ocupará el trono de Francia, empezará con el Gran Monarca, á quien los profetas hacen Borbón y Austria. De cien profecías se deduce claramente, y la natural previsión de los sucesos lo confirma, que el Gran Monarca, español, será Rey de España, y luégo también de Francia: pero en Francia, arregladas las cosas, él mismo pondrá un Rey Borbón de la antigua sangre, no de la nueva, y este Rey, como todos, estará sujeto al imperio del Gran Monarca. Nada de esto han querido comprender los franceses.

(2) No lo es para nosotros; bien responderíamos, si fuera prudente afrontar ya los malignos comentarios á que con eso daríamos lugar.

(3) Fíjese el lector: *á principios del siglo XX*. He ahí una opinión respetable que deben tener en cuenta los que creen en el Gran Monarca, pero dicen que quizá tarde doscientos años en venir.

(4) Luis XVI. Los profetas hacen descender al Gran Rey de otros Borbones más antiguos que este, y al propio tiempo de los Austrias.

Desde la publicación de aquel folleto, que data ya de tres años, muchos acontecimientos han sobrevenido. He leído un crecido número de nuevas profecías, que sin modificar mis convicciones relativas á la *Survivance* de Luis XVII y á la legitimidad de los derechos (1) de sus descendientes hoy vivientes, han modificado por cierto un poco mis opiniones en cuanto á la *realización profética* en la persona de uno de estos príncipes (2); realización que parece presentar hoy dificultades casi insuperables, no sólo en el orden material (3), sino también en el orden espiritual (4), atendidas las palabras de los profetas (5).—VANKI».

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

El Rey necesario á España.

Los católicos, dígase lo que se diga, empiezan á sentir la necesidad del Gran Monarca; el terreno se va preparando sin que los hombres se den cuenta. He aquí, en prueba, el siguiente artículo que con el título que precede publicó hace medio año nuestro estimado colega *El Correo Católico*, resumen de las aspiraciones manifestadas por otros muchos colegas y de las cualidades atribuídas por los Profetas al Gran Mo-

---

(1) Este autor, como buen francés, olvida la *legitimidad de ejercicio* que en Francia nunca se tuvo en cuenta como en España.

(2) Nosotros también creímos algún tiempo que Luís XVII había sobrevivido á la destrucción de su familia y que uno de sus descendientes sería el Gran Monarca; pero estudiado bien el asunto, y aunque sin atrevernos á negar que los Naundorff ú otros desciendan de Luis XVII, nos pareció ver claro como la luz del día que el Gran Monarca no puede descender de éste, sino, en todo caso, de Luis XIII por «Máscara de Hierro».

(3) En efecto, las presenta suponiendo que el Gran Monarca haya de empezar en Francia; pero no si empieza en España, pues como vimos comentando á Esdras, y hace poco en el núm. 118 (pág. 1.031), su aparición y triunfo presentan caracteres muy naturales.

(4) Muchas presentan en ese orden, si el Gran Monarca hubiera de ser un Naundorff como el autor suponía, pues no parece que los Naundorff anden muy casados con el verdadero Catolicismo.

(5) Todos le hacen católico ardiente, de fe inmensa, de celo abrasador, y de otras virtudes que ni por asomo se ven en Borbón alguno conocido.

narca, según las expone *Luz Católica* desde su principio. Dijo así el colega:

«I.—¿Cuál Monarca desea y necesita la católica España? Necesita un Visorrey ó Vicario del Rey del cielo, defensor de la gloria de Dios y del bien común espiritual y material de los pueblos. España necesita un Rey amigo de Dios y del prójimo, única amistad que engrandece é inmortaliza á los Soberanos. Es error de Maquiavelos modernos creer grandes á los Reyes por sus tesoros y riquezas, por la extensión y copia de territorios, por el solo poder de la espada y del cañón, por sus honores, fuerzas y mundanal felicidad; todo eso podrá ser útil, pero no es lo que Dios estima y quiere en los Reyes, puesto que todo ello concede el Rey supremo y universal á los Príncipes buenos y malos, cristianos y gentiles. Mas su gracia y divina amistad regala solamente Dios al Rey su predilecto, su Virrey, su Vicario, al que se considera criado suyo, del Rey de Reyes, del Señor de los señores.

Necesita España y quiere Dios para tan desdichada Patria, *Rey que reine y gobierne* con justicia; que no lo mareen las alabanzas humanas; que no preste oídos al impío, ni á la rastrera adulación; que no se desvanezca en las alturas del Trono; que nunca olvide que es hombre mortal; que guarde en la mente su deber capital de dilatar y extender el Reino de Dios y derramar el bienestar sobre todos sus vasallos; que aparte obstáculos y quite trabas en el camino de la salvación eterna de las almas; que desenvaine la espada material para defender á la espiritual; que sea temeroso del Sumo Juez, inexorable con los poderosos, y, por decirlo todo de una vez, que muestre más encendido amor al Reino de los cielos que á su mismo reino temporal.

II.—Necesita España, y quiere Dios para ella, un Rey fácil para el perdón; tardo para la necesaria venganza y pena; armonizador entre la justicia y la misericordia; despreciador de codicias y ambición; limpio, casto y libre de inmundicias; señor de sí mismo; dominador del apetito y de las pasiones de bestias; indomable al yugo tiránico de la revolución; inclinado al sacrificio en pro de sus reinos; defensor del pobre y de la viuda; amigo de la verdadera ciencia; amantísimo del arte cristiano; martillo de errores y herejías, y entronizador incansable de la verdad. A un tal Soberano se ha de apellidar á boca llena, según San Agustín *(De Civit. Dei,* lib. V, capítulo XXXIV), feliz y bienaventurado: ahora con la corona perecedera del mundo, y después con la inmortal y perpetua del cielo. Y el Angélico Doctor de Aquino añade á este propósito, que el fin y premio de los verdaderos Monarcas ha de

ser, ante todo y sobre todo, Dios. *(De Regim. Princ.*, lib. I, cap. VIII). Lo cual es claro, por aquello del Evangelio: «Buscad primero el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura». Tenga, por tanto, el Rey de su parte á Dios, y no le faltarán prosperidad, ejércitos formidables, riquezas y victoria sobre sus enemigos.

III.—Pues, ¿y la razón que dicen de Estado? No la desdeñe nunca el Rey; pero no tome la falsa, sino la verdadera; no la del impío y librepensador Nicolás Maquiavelo, sino la de Jesucristo; no la que hace del Estado religión, sino la que forma de la Religión Estado: no la encomendada por políticos del siglo presente, sino la que á Reyes prudentes y gobernadores justos inspira Dios: no la que enseña la flaca razón humana, sino la que señala y predica la divina, la que principalmente estriba en el mismo Dios. El Rey necesario á España ha de saber y defender contra el mundo moderno, que sólo Dios funda, establece y conserva los Reinos; que reparte los cetros como le place y es justo; que los eleva, engrandece, amplifica y humilla conforme á su voluntad, siempre rectísima; y, finalmente, que el mejor modo de conservar y enaltecer un Rey su reino, es tener propicio y grato á Dios, respetar su Ley divina, que es la sola y única Religión verdadera; la cual El mismo mandó guardar y observar bajo pena de eterno castigo. Esta es la primera y principal razón de Estado que ha de tener ante sus ojos el Rey que necesita la patria de San Fernando. *Quis est hic et laudabimus eum?* ¿Quién es aqueste y le aplaudiremos todos? ¿El que acaba de empuñar el cetro del Rey prudente y de Isabel la Católica? ¡Ojalá! *Faciet enim mirabilia in vita sua?* ¿Hará cosas grandes la voluntad de Dios en su vida? ¡Ojalá!—J. F. M.»

Ciertamente, apreciable colega. ¡Ojalá!... Sí, ojalá no hubiera necesidad de luchar ya por otro, sino que el Rey necesario, el prometido, el Gran Monarca, fuese Alfonso XIII convertido; pero no lo será, *no lo será*, NO LO SERÁ. La vocación de España pide otro hombre, otro Rey, otra dinastía, otra casa, libre de manchas liberastras, de educaciones cortesanas y de historias de sangre...

¿Quién será, pues, el Gran Rey de quien necesita España? Evidente como la luz es que ese Rey ha de ser el enviado providencial á quien los Profetas llaman Gran Monarca, que aun siéndolo, ni tomará el título de Rey, ni será su corte como la de los Reyes,

ni vivirá con el fausto de los Reyes, ni será autocrático como los antiguos Reyes, ni parlamentario como los modernos Reyes, sino que en todo se conducirá como el citado colega dice, esto es, según el Corazón de Cristo Rey de Reyes. De todo esto hemos dado y daremos mil y mil pruebas de autoridad y de razón.

Pero debiendo el Gran Monarca dominar al mundo y reinar sobre todos los Reyes, ¿será verdaderamente español y tendrá su trono en España? *Luz Católica* ha probado hasta la evidencia que sí, ora con los Profetas canónicos y posteriores, ora con invencibles razones de autoridad; ya con la luz brillantísima que sobre la vocación de España arroja la filosofía de la Providencia y de la Historia, ya con lo admitido oficialmente por D. Carlos y el carlismo, según lo hemos demostrado varias veces, probando que la fe en el Gran Monarca es cosa de programa carlista, lo cual, á mayor abundamiento, volveremos á probar más abajo.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

Militar y Profeta.

Pero... ¿será D. Carlos? ¿será D. Jaime...? Estudiad las profecías, y ellas os lo descubrirán. Nuestro sentir ya consta; claramente lo hemos expresado en cien ocasiones, y fuertes razones hemos aducido. Hoy no queremos añadir más que la siguiente nota que Matías de Lacabe pone al final del capítulo 10 de su su libro *El Apocalipsis:*

«¿Quién será ese personaje enviado por el cielo en tan crítica situación del mundo, cuya voz propagará la prensa como el estampido de un trueno general, presentándose, al parecer, en traje militar, y revestido de la misión de un profeta? La humanidad presiente y suspira por la aparición de un hombre semejante, encargado de una *doble misión*; pero sólo Dios sabe á quién destina para su obra. Sí; un hombre fuerte y enérgico, según la expresión calificativa del profeta, cuya

presencia ilumine con la luz de la verdad la noche tenebrosa del error que cubre la superficie de la tierra, y cuya espada triunfadora ponga en orden á los pueblos y á los reyes, y afirme la sociedad ansiosa y sedienta de disfrutar de los dulces beneficios de la verdad, la justicia y la paz.

»Obsérvese, que los personajes designados en la revelación del profeta con el nombre de «estrellas que caen del cielo», son azotes terribles mandados por el mismo á la humanidad; y que los personajes designados con el dictado de «ángeles que descienden del cielo», son las más veces, si no todas, ó mensajeros de buenas nuevas, ó salvadores de la humanidad.

»Parece muy extraño y chocante á primera vista, aunque es muy conforme á la voz de la conciencia y del corazón, el que la Providencia encargue á un militar, por enérgico que sea su carácter, semejante misión. El traje militar que el lenguaje alegórico da al tal personaje, lo revela así, al parecer. No obstante, me hallo todavía algo perplejo sobre este punto. Aguardemos el porvenir, que nos sacará en breve de la duda.

»El día 11 de Julio del año 1868, ha llegado por primera vez á mis manos la interpretación del Apocalipsis por el Venerable Holzhauser (1). Grande, por cierto, ha sido mi admiración, al ver que cerca de doscientos años antes refería Holzhauser este capítulo al mismo personaje á quien yo le refiero y hago su aplicación. El ilustre intérprete, hombre dotado de espíritu profético, llama al personaje objeto de la exposición el GRAN MONARCA. Grande debe ser, y grandiosa y trascendental su misión, cuando San Juan le consagra á él solo todo un capítulo de su Revelación».

Lacabe era un hombre de posición humilde, pero muy estudioso y previsor. Las previsiones de esta nota suya son verdaderamente notabilísimas. Treinta y tres años hace que escribió el final de ella y casi treinta que la publicó en su obrita *El Apocalipsis* (2), editada durante la guerra carlista. Sin embargo, Lacabe no hace alusión alguna á D. Carlos, aunque entonces estaba éste en el apogeo de sus armas; y por

---

(1) Véase arriba, cap. II, art. IV.

(2) Madrid. Imprenta de la viuda é hijo de D. E. Aguado. 1875. —Hace sólo tres semanas que conocemos este trabajo; nos lo dió á conocer D. Cecilio Gasca, librero de Zaragoza, que nos lo envió por correo, sin que antes de esto nosotros tuviéramos la menor noticia.

otro lado, no parece sino que él nos copia, ó nosotros á él, tanta es la conformidad de pareceres é inteligencia de las profecías que hay entre él y nosotros.

Esperaba Lacabe que la duda sobre quién fuese el Gran Monarca se aclararía en un *breve porvenir*; y en efecto, todo parecía concurrir para que muchas profecías se realizasen por los años de 1870 y siguientes (pocos después de la fecha de su nota), según otras veces hemos descubierto; pero por nuestros pecados y por los altísimos fines de la Providencia, se aplazó el tiempo del gran Enviado, que según una profecía que citaremos, *en el año 1858 estaba próximo á nacer*, y en nuestros días es cuando todo se prepara asombrosamente para que las profecías tengan un exacto cumplimiento.

Y noten bien los lectores cuánto concuerdan las previsiones de Lacabe con lo que nosotros hemos dicho, sea copiando á los profetas, sea comentándolos, sea en virtud de nuestras propias reflexiones:

1.° El Gran Monarca debe venir durante una muy *crítica situación del mundo.*

2.° *La prensa propagará su voz; él iluminará con la luz de la verdad la noche tenebrosa del error;* esto es, será un adalid de la pluma, como anunció San Francisco de Paula.

3.° Además de esta misión, siendo *doble* la suya, tiene confiada otra, como es la *militar*, para que con *su espada triunfadora ponga orden á los pueblos y á los reyes.*

4.° Que además de todo esto, es *profeta*, aunque él no lo sepa, bien porque realmente profetizará algunos sucesos, bien porque en su misión de propaganda escrita éntre la de explicar las profecías y señalar su cumplimiento.

5.° En varias ocasiones hemos expresado nuestra opinión (convicción deberíamos decir) de que el Gran Monarca será un Sacerdote, y expuesto las firmes

razones en que nos fundamos; y Lacabe, si no dice lo mismo, lo sospecha, pues le *parece muy extraño que la Providencia encargue tal misión á un militar,* y se queda *perplejo en este punto.*

Los engañados por el perverso espíritu de la política moderna, y más los del carlismo oficial, hacen hoy befa de todas estas cosas que antes de la guerra creían con la fe del carbonero; y ellos, que tan amantes de España se fingen, búrlanse hasta de la vocación de España y nos tachan de ilusos y maniáticos cuando les probamos que España es la llave del mundo y la que ha de resolver la próxima y horrorosa contienda europea. ¡Degenerados hijos son esos que se burlan de las glorias de su madre!

Yo no me aventuro, dígolo con toda conciencia, no me aventuro asegurando á los carlistas de Causa, que *ellos son principalmente los que lucharán bajo la bandera del Gran Monarca* para poner nuestra Patria á la cabeza del mundo. Antes han de pasar por el desengaño, y éste vendrá. Con Esdras dijimos cómo ha de venir.

Por de pronto, ya no es sólo *Luz Católica* quien anuncia que tendremos que luchar con Inglaterra, y que Portugal nos dará motivos de invadirlo y anexionarlo á la Corona de las Españas, de lo que no poco se burlaron, al leerlo, nuestros desdichados censores carlo-oficiales. En *La Correspondencia de Valencia* de 20 de Agosto de 1902 leí el siguiente telegrama:

«*El País* dice que los ingleses van tomando posiciones en nuestra Península, convencidos de que *en su suelo se han de ventilar con las armas en la mano los futuros destinos europeos.* Ahora tienen en estudio el modo de utilizar dos campos atrincherados de Portugal, fronterizos con nuestra Península».

Los sucesos posteriores coinciden con estas miras. Desengáñense los que no ven más allá de su nariz, los que ni siquiera vislumbran eso que no se escapa á la prensa impía, los que se contentan con un míse-

ro trono levantado para su Rey sobre las ruínas de la Patria, y con ellos los impacientes que desconfían porque el desenlace no viene pronto; las cosas sucederán como dicen los profetas, no como dicen los políticos y los incrédulos; y vendrán cuando los razonadores vulgares y los desconfiados menos las esperen. ¿Acaso exigirán á Dios que obre como los hombres?

Cuando llegue la hora, y no tardará, una débil mujer puede dar el triunfo á toda una nación, como os lo pueden decir Santa Genoveva y Juana de Arco; porque cuando Dios ayuda, las piedras se convierten en formidables castillos.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

CAPÍTULO IV

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA INMINENCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS

CAPÍTULO IV

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA INMINENCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS

I

Para instrucción de muchos.

Contestación á una dificultad.

Acabamos de recibir la siguiente carta, á que con gusto contestamos:

«M. R. P. Corbató: He leído con fruición la defensa que hace de V. el Sr. Castillejo, como pronosticador de lo futuro en un orden determinado de cosas, y acabo de leer lo que acerca de lo mismo le escribe desde esta ciudad condal el señor J. R., que V. publicó en el último número. Pero yo desearía algo más, porque multitud de lectores lo desean como yo, y es que V. nos explicase en la revista dos pasajes de sus *Memorias y pronósticos,* que parecen dejarle á V. en mal lugar como profeta. Los pasajes son los siguientes:

«El año 1901 acabará con más gloria y menos lágrimas que los tres anteriores». (1 Enero 1899).

«No será de siglos ni de muchos años nuestra lucha, pues á los dos resonará la trompa épica de la victoria». (31 Marzo 1899).

Pidiéndole me dispense, y al mismo tiempo que me atienda, soy de V. con la mayor consideración S. S. y admirador Q. B. S. M.,—UN SUSCRIPTOR».

Más que suscriptor *nuestro,* me parece el autor de

esta carta un discípulo de aquellos que llamaban á Jesucristo *Maestro* y le ponían dificultades, no para conocer la verdad, sino *ut caperent eum in sermone*; para ver si podían cogerle por sus palabras. Tengo motivos más que sobrados para pensarlo así; pero, en fin, voy á contestar, en prueba de que agradezco se me lleve al terreno de la disertación formal, así el proponente sea un *Vindex* algo reformado, y así fuera un *Eneas* no reconciliado con la lógica.

En primer lugar, una cosa es que yo haya recibido del Altísimo Dador de todo bien cierta luz para filosofar según las leyes de su Providencia y comprender por lo presente algo de lo futuro, y otra muy diferente es que tenga inspiración profética.

Tener ésta, ni significaría mérito por mi parte, pues el don de profecía es una gracia *gratis data*, ni probaría que no soy hombre pecador, porque á los mayores pecadores puede el Señor comunicar ese don, y de hecho lo comunicó algunas veces; pero es el caso que, ni he pretendido jamás ser profeta, ni hallo en mí señal clara que pueda indicarme haber recibido ese don. Si fuera profeta, lo sería sin saberlo.

Soy, pues, un mero amante de juzgar según la filosofía de la Providencia; y si bien es verdad que la lógica humana puede descubrir en eso algún mérito mío, por mis constantes estudios y mi penoso trabajo, más lo es que todo esto me serviría de nada si la luz de la fe no alumbrase mis tenebrosas ignorancias. Así, pues, *soli Deo honor et gloria*. Todo lo bueno es de Dios; *ego autem in iniquitatibus conceptus sum*.

Esto supuesto, ¿qué tendría de particular que yo me equivocase, no sólo en los dos pasajes acotados, sino en dos mil más? ¿Por ventura soy algún infalible? O ¿acaso escribí aquello ni otra cosa alguna en tono de profeta, para que se me creyese *velis nolis?* Lejos de eso, siempre he pedido á mis lectores que me dejen mondo y lirondo en mi mísera esfera; que me crean

si hallan fundadas mis previsiones, y si no, que no me crean.

Mas el caso es que de los dos pasajes citados, el primero se ha cumplido y el segundo se cumplirá Dios mediante. ¿Acaso el 1901 acabó dejando en pos de sí tan larga hilera de ignominias y deshonras como los tres precedentes? Pero nótese que no es esto lo que yo traté de anunciar, sino otra cosa menos fácil de comprender y harto más gloriosa; y ésta se verificó, sépalo el anónimo proponente, se verificó. No debo decir hoy cuándo, ni qué, ni cómo fué, bien que más de cuatro lo han visto claro; pero si algo puedo decir, es que fué una cosa ó muchas cosas análogas al «*cayeron los contaminados*» de la carta titulada *A mis hermanos carlistas*. Un día veremos cuándo empezó seriamente la restauración de España.

En cuanto al segundo pasaje, ¿soy ó no soy profeta en concepto del proponente? Si no lo soy, no tiene por qué preguntarme; piense lo que quiera de mis pronósticos, que á mí me es igual. Con todo esto, al suponer que me equivoqué, supone también conocer cuándo empieza la fecha de los dos años, que á su juicio debió de ser el mismo día de formular el pronóstico, y entonces es claro que falla la predicción; pero la frase «no será de *muchos años* nuestra lucha», podía darle algo que pensar sobre la fecha de partida. ¿Por qué, v. gr., no parte de la jura de Alfonso XIII?

Y si me considera profeta, con más razón debiera no preguntarme dudando; porque si soy profeta, he de hablar como profeta, y en ese caso no ha de ser tan y tan llano fijar una fecha que el texto no señala. Lo que entonces se debe hacer, es esperar los acontecimientos, y éstos dirán lo que el supuesto profeta da de sí.

Por último, téngase en cuenta que el texto habla de la *trompa épica de la victoria;* mas no dice si la victoria será ya consumada, ó solamente empezada, ó

sí sólo en España, ó también en otras partes. Para conocer la mente de un pasaje, hay que compararlo con otros que la explican; no sólo en el libro de las *Memorias*, etc., sino en todo libro.

En fin; si algo de providencial hay en este mísero, poco podrán contra él las críticas de los hombres; y si no hay nada, él sólo se irá cayendo con críticas y sin ellas.

(*Luz Católica*, núm. 119=15 Enero 1903).

A los impacientes.

Vayan nuestros lectores considerando los acontecimientos que se desarrollan en España y fuera de ella, y verán claramente como todo se prepara según nosotros hemos venido anunciando con los Profetas. Y para que no se impacienten por la tardanza del desenlace, sino que tengan esperanza en la Providencia del Sumo Gobernador que rige los destinos del mundo, pondremos unos párrafos del celebérrimo Padre Vieyra, lumbrera de la Compañía de Jesús. He aquí algo de lo que dice á los impacientes el sabio y venerable autor (1); tómenlo nuestros lectores como dicho por nosotros mismos, que más aplicación tiene hoy que tenía entonces.

«Paréceme, si no me engaño, que el discurso de esta apología nos ha consolado bastante de nuestra pérdida, asegurado nuestras esperanzas y defendido la verdad de mis promesas. Sólo restan ó pueden restar los escrúpulos de alguna incredulidad nuestra, y muchas de los extraños, á que debo satisfacer.

(1) Bien sabemos que este ingenioso intérprete de las profecías relativas al Gran Monarca erró aplicándolas á Portugal como buen portugués; pero no tanto como en sus escritos aparece á primera vista, puesto que Portugal formó y formará parte del reino de las Españas, y probablemente será teatro de algunos sucesos que las profecías anuncian. Hoy, siendo mayor el número de profecías que en tiempo del Padre Vieyra, y disponiendo de mejores elementos de crítica, es seguro que el ingenio del célebre Jesuíta no se cerraría en favor exclusivo de Portugal.

Y creo que no faltaré en dar justa satisfacción á unos y á otros, si cerrados los ojos á todo afecto particular, abrieren los oidos libres á lo que dictare y probare la razón.

Aun no había yo acabado de predicar (prometiendo la venida del Gran Monarca), cuando ya se quejaban algunos oyentes de que yo dilatase las felicidades que prometía. Confieso que á ninguno tocaba más de cerca esta queja que á mis años, pues todos los viejos nos podíamos despedir de ver aquella felicidad en nuestros días. En esta suspensión estuve, hasta que el mismo mirar y ver de los ojos divinos abrieron también los míos, y subiendo con la vista, siendo así que antes bajaba yo con ella, me mostraron el modo fácil y natural con que (la dominación del Gran Monarca por disposición divina) se puede luégo verificar en la tierra» *(La palabra del predicador empeñada y defendida).*

«*Spes, quae differtur, affligit amimam,* dice la Verdad Divina, y lo sabe y siente bien la experiencia y paciencia humana; aunque sea muy segura, firme y bien fundada la esperanza, es un tormento desesperado el esperar. Muy seguras eran las promesas de los antiguos Profetas; mas cansábase tanto el deseo en la paciencia de esperar por ellas, que venían á ser fábula del vulgo en Jerusalén (así lo son hoy de otro *vulgo*) las eperanzas de los profetas. Esperaron, reesperaron y desesperaron aquellos hombres, porque en muchas cosas de las que les prometían las profecías, primero se acababa la vida que llegase la esperanza.

Dejaron los padres en testamento las esperanzas á los hijos y los hijos á los nietos, y ni éstos, siendo entonces las vidas más cumplidas, llegaban á ver el cumplimiento de lo que tan largamente habían esperado. Lo mismo pueden argüir los que hoy viven con las esperanzas que yo les prometo. Grandes son esas esperanzas, mas ¿cuándo se han de cumplir? Por ahora sólo digo que no me atreviera yo á prometer esperanzas, si no fueran esperanzas breves (1).

San Pablo, aquel filósofo del tercer cielo, desafiando todas las criaturas, y entre ellas los tiempos, dividió los futuros en dos: *neque instantia, neque futura.* Un futuro que está largo y otro futuro que está cerca, uno que ha de venir y otro que ya viene; un futuro que mucho tiempo ha de ser futuro, *neque*

(1) No tenía el P. Vieyra las pruebas providencialistas, filosóficas, históricas, cronológicas y políticas que tenemos hoy de la proximidad de los tiempos; *Luz Católica* ha dado á conocer las principales. Entonces cabía error, hoy no cabe; hoy la crítica se rinde ante la evidencia; la que no se rinde es la necedad de los que niegan sin conocer el asunto.

futura, y otro que en breve ha de ser presente; *neque instantia*. Este segundo es el de mi historia, y estas las breves y deleitosas esperanzas que ofrezco. *Esperanzas que han de ver los que viven, aunque no vivan muchos años. Vivid, vivid, vosotros los que merecéis vivir en este venturoso siglo; esperad en el Autor de tan extrañas promesas, que quien os dió las esperanzas, os mostrará el cumplimiento de ellas*». (*Prólogo á la Historia de lo futuro*, cap. II.)

A los incrédulos.

No es mucho que nosotros, en cuanto á profecías, seamos reputados ilusos y se nos tome por objeto de mofas y sarcasmos, pues esa ha sido siempre la suerte de los profetas y sus creyentes, de lo cual el mismo Jesucristo se quejó amargamente á los judíos. El Padre Vieyra, pues, no podía sustraerse á esta ley general, y en consecuencia tuvo que escribir una *Carta apologética* de sí mismo. Entre los capítulos más notables responde á la quinta denuncia de sus émulos, y hay uno que prueba la miserable ignorancia en que viven los mofadores de profecías, pues las niegan sin enterarse de ellas como la fe y la sana razón exigen. He aquí la primera parte de dicho capítulo;

«*Quinta proposición.*—Que un Príncipe había de fundar un imperio á que había de obedecer todo el mundo: que había de convertir y restituír las diez tribus, de que no se sabe dónde subsisten. Otras cosas añade esta proposición; pero nada contienen de verdad, sino solamente en lo del Imperio universal, en lo cual muestra su gran ignorancia, calumniando un dicho *casi tan universal como el mismo Imperio*, por la multitud de Autores que lo afirman; de los cuales permítame V. R. poner aquí sólo sus nombres.

Esdras, lib. 4, cap. 11 y 12, á donde llama á este Emperador *Leonem evigilantem*, León que se despierta ó levanta, y dice que abrasará el imperio del Turco.

San Metodio, en el libro de sus Revelaciones, capítulo 17, en la antigua Biblioteca *Veterum Patrum*.

El Beato Amadeo en su Apocalipsis, *De Raptu, etc*. Cuyo libro se conserva en los herederos de la familia de los Silvas, hoy marqueses de Govea en Portugal.

Santa Sinada Egipciaca, Eremita, referida por Rotero en

sus Revelaciones universales, lib. 3, en la embajada de Paulo IV á Claudio, rey de los abisinios.

Ubertino, Abad hidruntino, en las profecías sepultadas con él, año 1272; por relación de Pedro Paulo Parato, Abad cusentino.

San Isidoro de Sevilla en sus profecías, por antiquísima tradición recibidas en España, que se conservan manuscritas.

Santa Brígida, lib. 5 de sus Revelaciones.

El Abad Joaquín, el Beato Cirilo y Telesforo eremita, los cuales refiere y sigue Rusticano en su compilación de los Profetas del Viejo y Nuevo Testamento, estampada en Venecia año de 1516, con licencia de los Inquisidores y del Patriarca.

San Egidio Lusitano, cuyos escritos andan en manos de todos, y se dice que se conservan los originales en la librería de Santa Cruz de Coimbra.

San Francisco de Paula en sus Epístolas impresas en italiano en Roma, año de 1655, y en español al fin de la crónica del mismo Santo.

Fray Nicolás Factor, referido por Francisco Navarro de Játiva, y por Fray Juan de Salazar en su *Política española.*

San Angelo Mártir, Carmelita, en su vida.

Teófilo Obispo, el cual refiere Rosales en sus Anotaciones astrológicas.

Hasta aquí los autores de conocida santidad. Los otros que por diversos principios prometen el mismo Imperio, y lo prueban ó procuran probarlo, son los siguientes:

Fray Juan de Salazar, Abad Benedictino, en la citada *Política española,* discurso último.

Fray Melchor Flavio, Minorita, *lib. de Regno Dei,* en la Epístola dedicatoria á Carlos IX rey de Francia.

Gerónimo Victrioto, veneciano, en la exposición del Angel fuerte que vió San Juan en su Apocalipsis, cap. 10.

Juan Charión, *in libello Chronicorum,* fol. 358.

El autor de la *Corona mística*, impresa en francés y dedicada al Sumo Pontífice; casi en todo el libro.

Keplero, *Tractatu de stella nova quae apparuit in Serpentario*, año 1604.

Justo Lipsio, *in Monetis Politicis.*

Gregorio Jordano, en sus *Tabellis de bello turcico,* Tab. 4 y 9.

Antonio de Sousa de Macedo, *in Apendice Lusitaniae liberatae.*

Juan Núñez de Acuña, conde de San Vicente, en su Panegírico en la Epístola dedicatoria del rey D. Alfonso VI de Portugal.

Pantaleón Rodríguez Pacheco, Obispo electo de Elves, é Inquisidor de la Suprema de Portugal, *in Expositione ad Innocentium X;* en la cual entiende de este Imperio y Emperador aquel lugar del Apocalipsis: *Peperit filium masculum, qui recturus erat omnes gentes in virga ferrea*». *(Carta Apologética).*

Hasta aquí el P. Vieyra. Sin tener nosotros noticia de esto último, en *Luz Católica* hemos aplicado también al Gran Monarca y á España el citado lugar apocalíptico. Por lo demás, consúltese *Nuestro arsenal* y lo que con este motivo dijimos en el capítulo II, y se verá que poseemos muchas obras que el P. Vieyra no conocía, y muchas posteriores á el. Casi todos los autores que cita, ó sus extractos, los tenemos nosotros en cualquier volumen de las *Colecciones* allí referidas, y hemos reproducido parte de sus textos.

(*Luz Católica*, núm. 74=6 de Marzo de 1902).

II

En nuestro favor.

Impresiones (1).

Acabo de leer el núm. 121 de *Luz Católica*. Me ha impresionado muy agradablemente la Apología del Gran Monarca (2) escrita por el P. Corbató.

Estoy enteramente identificado con su parecer en esta materia. Creo como un artículo de fe, que vendrá el Gran Rey, y obrará las maravillas anunciadas.

En las grandes catástrofes sociales, ha sentido el mundo la necesidad de un restaurador y libertador; y como el sentimiento ha sido universal, no ha podido menos de ser infundido por Dios, que así como nunca abandonó á las sociedades ni las abandonará enteramente, pues son obra de sus manos, así también infunde primero en las colectividades humanas el conocimento de su mal, y después el ansia del remedio; y al verse ellas impotentes para remediar el mal, acuden á Dios con la oración, y el efecto final del ruego humilde es venir Dios, aun por medios sobrenaturales, en su ayuda.

Atravesamos un período de desquiciamiento y desequilibrio moral, social y religioso de los más espantosos que narra la historia. Hace más de medio siglo que España, y al presente el mundo entero, ansía un libertador, un restaurador del orden en todas las esferas.

Se ansía porque se conoce el mal.

---

(1) Artículo de D. Pedro Gómez Castillejo, Presbítero.

(2) Un corto estudio así titulado que publicó *Luz Católica* en dicho número.

Ese conocimiento y esa ansia universal no pueden menos de venir de Dios, que es el único que puede infundir un sentimiento universal. Luego es que quiere mandarnos el remedio; quiere darnos el libertador, el restaurador del orden, sin el cual no son subsistibles las sociedades.

No ha habido notables acontecimientos en los anales del linaje humano, hasta meramente sociales, que no hayan sido anunciados con antelación por el Criador á los Profetas. Por eso los acontecimientos que se avecinan, y que ya han empezado á verificarse, han de haber sido anunciados de antemano, si es verdadera la filosofía de la historia de la Providencia.

Y en efecto; que se han anunciado, nos lo demuestra el estudio de las profecías publicadas en *Luz Católica*. Más si éstas no fuesen verdaderas, con seguridad deben existir otras ocultas, que nos importa mucho saber para nuestro gobierno.

Pero no; no hay otras, al menos distintas de estas en la substancia; porque si las hubiera, ya se habrían dado á conocer, puesto que las profecías no se dan para que se ignoren, sino para la edificación y bien de los pueblos, según consta de las divinas Letras. Si existieran, ya el Señor, Provisor universal, hubiera inspirado y movido á algún siervo suyo para que las hiciese conocer y explicase para aliento de los humildes y confusión de los soberbios.

Pero es el caso que en *Luz Católica* se está verificando este hecho, que no puede faltar en los planes de la Providencia. Luego las profecías de *Luz Católica* son las verdaderas; su interpretación es la genuína; el P. Corbató es el destinado por Dios para prepararnos á los terribles y grandes acontecimientos que nos amenazan, para disponer los ánimos á recibir al Gran Monarca.

Estoy íntimamente persuadido que el Gran Monarca vendrá, ó más bien, aparecerá, pues ya ha venido

hace unos cuarenta años, según las profecías; estoy seguro de que el plan trazado por el P. Corbató al Gran Monarca, venciendo á Francia, Alemania, Italia y al Imperio Turco, es el profetizado por Dios nuestro Señor; pues por lo mismo que es tan sencillo y de resultados tan asombrosos, no puede atribuirse á inteligencia humana, sino á la divina.

Cuando el Señor quiso redimir al género humano, excitó á los sabios al estudio de las profecías relativas al Salvador.

Estas profecías, que empezaron en el Paraíso terrenal y se siguieron en la sucesión de los siglos, son una historia completísima y minuciosa de la persona de nuestro divino Redentor Jesús; tan completa como si se hubiese escrito después de su muerte y Pasión santa.

Siendo este el modo de conducirse de la Providencia divina, nada tiene de particular, es lo natural, que el Señor haya revelado tantos pormenores acerca de la persona y vida del Gran Restaurador de los últimos tiempos, que todos reunidos nos den la historia completa de su porvenir.

Empezaron estas profecías en los tiempos del Antiguo Testamento, y se han continuado durante los siglos posteriores hasta nuestros días.

La oración aceleró la venida del Mesías; la oración de los profetas y justos de la antigua ley, y la oración, de un modo especial, de la Virgen María.

La oración de los justos, de las almas santas, están acelerando la venida del Gran Monarca; pero de un modo especialísimo, la oración de la Inmaculada Virgen María.

Pidamos, pues, españolistas, á la Virgen María, que con sus ruegos abrevie los tiempos, y consiga de su divino Hijo que aparezca cuanto antes el Gran Restaurador de España y del mundo.

Todo se va preparando para ese notable suceso;

al Gran Monarca le está el Señor labrando con la piedra de toque de la tribulación; pidamos por él y por su aparición rápida, para gloria del Señor y bien de las almas.

¿Por qué no hemos de unir nuestras oraciones para que sean más eficaces?

¿Por qué no nos hemos de convertir en apostóles de la oración, para conseguir el reinado del Gran Monarca, que preparará los caminos al reinado social de Jesucristo?

Unámonos, al menos los subscriptores y lectores de *Luz Católica*. Obliguémonos hasta que tengan efecto nuestros ruegos, á muy poca cosa, pero que es el todo, sin lo cual el Restaurador universal no se mostrará, á dirigir al Señor, por medio de la Imaculada Virgen María, una plegaria corta, diariamente, nacida del corazón.

Esa plegaria puede ser un *Ave María*, tres, un Rosario, una oración cualquiera; pero sería mejor la uniformidad, recitando todos la misma; p. ej.: *Acelerad, Virgen María, con vuestros ruegos la aparición del Gran Monarca,* seguida de un *Ave María.*

También pudiera admitirse otra hecha por persona competente, v. gr., por el mismo P. Corbató, presentándola á la aprobación de algún Ordinario, como está mandado.

Y puesto que la oración bien hecha es eficaz, procurando nosotros hacerla bien, el Señor nos oiría, siquiera por amor á su divina Madre, y nos haría ver al Gran Restaurador y nos daría por medio de él la paz y el bienestar apetecidos.

Voy á hacer otra proposición á los amantes de *Luz Católica*, que lo mismo que la anterior, se me ofreció la noche del día 5, después de leer algunos párrafos de la APOLOGÍA DEL GRAN MONARCA.

Es evidente que el Señor ha escogido al P. Corbató para dar á conocer é interpretar las profecías re-

lativas al Gran Rey; para darle á conocer, para señalarle con el dedo, como San Juan al Salvador; es evidente que está devorando amarguras sin cuento por este motivo, sólo por corresponder al llamamiento del Señor; ¿y no sería una obra de caridad excelentísima, hecha á tantos cuantos son los que han de resultar beneficiados con la venida del Gran Monarca, ayudar, animar al P. Corbató en las terribles luchas que tiene que sostener?

¿No es obra de caridad gratísima al divino Redentor dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, etc., tanto que á estas obras de misericordia ejercidas con un pobrecito, deberán el ser llamados por el Eterno Juez «benditos de su Padre», y el ser coronados de gloria por toda una eternidad?

¿Pues cuánto más grata será delante del Señor, la obra de misericordia empleada en favorecer y ayudar á un Sacerdote tan querido del Señor, elegido por El para empresas tan heroicas, de cuyos trabajos depende el bienestar de España y del mundo entero? (1).

(*Luz Católica*, núm. 122=5 Febrero 1903.

El Libertador.

El semanario carlista de Granada hizo grandes elogios de los discursos pronunciados en el debate político (Noviembre de 1902) por el Sr. Nocedal, á quien llamó «hombre de gran relieve, ferviente en sus ideas, de ingenio claro, frase elocuente é intención sutilísima»; añadiendo que el Sr. Nocedal «ha triturado al gobierno en la persona del Sr. Sagasta, y dividido la mayoría liberal».

Después citaba el buen colega un párrafo de dichos discursos, en el que Nocedal dice que hay *alguien* que

(1) Propone aquí el Sr. Gómez Castillejo un proyecto de tan eximia caridad como su buen corazón le dicta. Lo suprimimos porque, dadas nuestras especialísimas circunstancias, sería mal interpretado.

puede salvar á España; y el sobredicho colega tomaba pretexto de este párrafo para decir al Sr Nocedal que ese salvador no es más que Carlos VII, por lo cual debe Nocedal hacerse otra vez carlista. He aquí el famoso párrafo:

«Hay alguien en España que puede salvarla, y si no lo »hace, aunque la Constitución le cubra de irresponsabilidad, »será responsable. El ejército le sigue, y ese alguien podrá »seguir el ejemplo de los Reyes Católicos. Ese alguien podía »prescindir de los partidos, devolver á las regiones sus fueros »en vez de la libertad que disfrutamos, que sirve para que »disparaten varios filósofos y arruinen al país».

En vista de lo que de estas palabras pretendía sacar el colega granadino, respondióle el *Diario de Lérida:*

«Como se ve, hay en el campo carlista quien no se recata de aplaudir las campañas del Sr. Nocedal, haciendo justicia á sus grandes merecimientos. Buen síntoma.

Respecto á la persona aludida en el párrafo recogido y comentado por el apreciable colega andaluz, lo mismo puede ser, creemos nosotros, la que indica éste que otra cualquiera. Porque tratándose de la restauración religiosa, política y social de la desquiciada España, *no es lo importante quién la ha de hacer, sino hacerla.*

Quien la traiga, sea quien fuere y llámese como se llame, SERÁ RECIBIDO EN TODAS PARTES POR LOS BUENOS ESPAÑOLES COMO LIBERTADOR *y vivirá eternamente en su memoria».*

Conformes, caro colega, ¡muy conformes!

(*Luz Católica*, núm. 112=27 de Noviembre de 1902).

Dos Macabeos.

«De la boca de los pequeñuelos y de los que aun toman el pecho de la madre, Señor, perfeccionaste tu alabanza», dice el Salmista. Un niño de doce años, como Samuel, vale por muchos Helí que tienen 90. Literal de un niño de doce años es el articulito siguiente:

«Todo Israel prevarica por miedo á la muerte que llevan á

todas las tribus los sirios; ningún valeroso caudillo se levanta; ninguno hace resonar su voz para aprestar al pueblo á la batalla: todo se halla rodeado de tinieblas, de desolación y de ruina; y aunque hay algún fiel Eleazar, alguno que tiene aún respeto y amor al augusto nombre de Jehová, los demás yacen cual serpientes, en letargo espantoso. ¡Oh Israel, hasta dónde has llegado!... Pero ¿qué digo?... ¿tendrías tú, pueblo, que permanecer siempre en tinieblas?... No, no... Ya sonó la hora de la lucha en Israel; los hijos de Leví, obedeciendo al mandato del Macabeo, hacen resonar sus trompetas por todo el pueblo. Mirad á los hijos de Jacob cómo se aprestan para la batalla; mirad á un pobre sacerdote reunir alrededor de sí á los más valerosos. Se retiran al monte, y llenos de celo por la causa de Dios y de la Patria, declaran guerra sin tregua al sirio. Mirad, ya le presentan batalla, sonaron las trompetas, empezó el combate...

El valiente Macabeo lucha con un pequeño ejército; pero tiene el auxilio del cielo, y triunfará, sí...; el pavor reina en las filas enemigas, se disuelven, se dan á la fuga: huyeron.

El valor y hazañas de Judas resuenan en todo el mundo, alegrando á los hebreos y enfureciendo á los sirios, que ven vencidos á sus más poderosos ejércitos, á sus valientes capitanes: á Jasón, á Polonio, á Lisias, á Gorgias, á Nicanor y aun á sus reyes Antíoco y Seleuco.

Por fin venciste, Israel; ya eres libre...

Ciega nación, escucha la voz del Señor que te destina para ejecutora de sus grandes justicias. ¿No ves en el fondo de esa tenebrosa atmósfera que te rodea un iris de paz, una aurora de alegría?; ¿no lo ves? Quítate tu voluntaria ceguera; mira que vendrá en día no lejano Aquel que te juzgará, y entonces, ¡ay de tí, gobernador inicuo!; ¡ay de tí, súbdito degradado!

Pero tú, España fiel, no temas, pues ya se acerca el tiempo en que triunfes de tus enemigos y seas ensalzada hasta el fin de los tiempos; en que el nuevo Macabeo, al frente de los Crucíferos, te devuelva tu antiguo esplendor, tu antigua gloria».

(*Luz Católica*, núm. 19=7 de Febrero de 1901).

Esto se va.

Parece que los republicanos van á convertir en verdaderas profecías las predicciones de *Luz Católica* tocantes á la proclamación de la república en España.

«Esto se pone feo, muy feo», dice *Eneas* en su periódico; y es verdad, y más que feo se pone horrible, y nótanse los mismos, los mismísimos síntomas de odio revolucionario al Altar y al Trono que dieron al traste con Isabel II y desolaron la Iglesia de España.

«A Dios, mujer de York», decíamos con Aparisi, anunciando lo que empieza á ser realidad; y ahora añadimos con el mismo: «¡Esto se va, todo esto se va!... y pronto dirá toda España á coro: Esto se va, todo esto se va...»

Pero se va para que venga algo peor y haga abrir los ojos á muchos ciegos y desdichados, y enseguida venga la restauración prometida por los profetas. Uno de ellos nos dijo, no lo olviden nuestros lectores, que *la proclamación de la república en España sería la señal* de la guerra internacional que viene, del cisma que está á la puerta y de la paz que dará luégo el Gran Monarca.

«¡Esto se va, todo esto se va!, repetimos con Aparisi. Esto se hubiera ya ido si unos y otros no lo hubiéramos estado deteniendo, ó por mejor decir, si la justicia de Dios, valiéndose de unos y de otros, y para castigar nuestras increíbles miserias, no hubiera ido dilatando la tiranía sin nombre que nos agobia y la gran vergüenza que nos mancilla.

»De cuando en cuando ha dado un paso la revolución, y no parece sino que iba á hundirse en el abismo; nuestros pecados la han sostenido. Al notar esto, hemos dado el grito de alerta. Dos veces lo hemos dado, y vamos á darlo la tercera...

—»El que tenga fusil que lo guarde; el que no lo tenga, que se lo procure; porque amenaza el día de las grandes tinieblas, y habrá que defender la cuna de nuestros hijos y la casa de nuestro Dios, y habrá que salvar la Patria».

Esto dijo Aparisi, y los acontecimientos le proclaman profeta; esto dijo,—copiemos dos líneas de nuestro discurso sobre su españolismo,—esto dijo aquel gran español que soñó verdades aterradoras y vió visiones de profeta; aquel gran español que dijo y muchas veves repitió: «¡Esto se va, todo esto se va!»

Y aquello se fué, y lo que vino se irá también; y de entre las ruínas de esta España se levantará resplandeciente otra España más hermosa.

Por de pronto, vivan apercibidos los Religiosos y no se duerma el Clero secular: el monstruo de la persecución llama á golpe redoblado á nuestras puertas.

(*Luz Católica*, núm. 64=24 Diciembre 1901).

Del próximo triunfo de la República, nos ocuparemos algo más en el cap. VII, art. III.

¿Leyenda profética?

D. Emilio Fagoaga Avellán publicó en Valencia hace pocos meses una obra intitulada: *¿Se acerca el fin?* (1). Catorce señores Obispos, que sepamos, han aprobado y bendecido su obra: buen testimonio en favor de la misma... y de nosotos; porque el Sr. Fagoaga estudia en dicha obra la cuestión del Gran Monarca, concluyendo en pro de ella tan categóricamente como pudiéramos haber concluído nosotros mismos. Cuantas aprobaciones reciba el Sr. Fagoaga, aprobaciones son también de lo que nosotros defendemos.

Verdad es que el autor da el mote de *Leyenda profética* al conjunto de profecías que anuncian al Gran Monarca, y no como quiera, no así como se llaman *leyendas* las vidas de los Santos, sino en el concepto retórico ó cuarta acepción de la palabra, esto es, *relación de sucesos que tienen más de maravilloso que de verdadero, aunque se funden en algún hecho cierto, pasado ó futuro*; sin embargo, el mismo autor que toma por tales leyendas las profecías, no puede menos de reconocer que son éstas harto más que leyendas, pues confiesa que llevan al ánimo la convicción. Examinemos algún trozo de su capítulo XIV.

(1) Valencia.—1903—Tipografía Moderna, á c. de M. Gimeno, Avellanas, 11.

«En medio de las tristezas, dice, que en la época presente embargan todos los corazones amantes de la Fe, no faltan motivos de consuelo, *aunque no se hallen fundados en profecías recibidas como tales por la Iglesia, sino en leyendas y predicciones más ó menos atendibles*, que cada uno puede tomar en consideración, según el mayor ó menor grado de credibilidad que luego de estudiadas juzgue deber concederlas».

El Sr. Fagoaga, á quien no faltan conocimientos para el caso, creemos no debiera haber empleado las vagas palabras de «profecías no recibidas *como tales* por la Iglesia».

¿Cuáles son las que la Iglesia recibe «como tales»? ¿Las canónicas? Pues entonces ninguna merece fe, si no es del cuerpo de la Biblia. ¿Recibe algunas «como tales», además de las canónicas? Sin duda; pero ¿qué quiere decir «como tales»? ¿Refiérese á la aprobación en forma común? ¿Refiérese á la aprobación en forma especial, esto es, al común consentimiento de los Doctores, á los procesos en que se demuestra la verdad de esas profecías, á los de beatificación y canonización en que las profecías se admiten y pasan por el tamiz de la más rigurosa crítica, al fallo de los Sumos Pontífices, etc. etc.? ¿Refiérese á otra cosa que el autor no declara?

No lo sabemos; pero sabemos, y también el señor Fagoaga debe saber, que todas las profecías publicadas por él y por nosotros tienen la común aprobación de la Iglesia, y muchas de ellas gozan también de la aprobación especial (1). Es decir, que la Iglesia, aunque no pueda declararlas canónicas porque no se funda en ellas nuestra Fe como en las de la Biblia, halla las primeras conformes con el dogma y la moral y reconoce las segundas por verdaderas profecías, esto es, inspiradas por el Espíritu Santo, ó digámoslo así, «las recibe como tales». Y por no repetir lo que á

(1) Sobre esto nos extendemos en la *Crisis* de nuestra *Revelación de un secreto*. Véase dicha obra.

este propósito dijimos en los capítulos II, art. III; y III, art. I, allá remitimos al lector.

Así, pues, por lo que hace á las profecías aprobadas con aprobación especial, no hay «mayor ó menor grado de credibilidad» en cuanto á la inspiración profética, bien que puede haberlo en otros puntos; y por lo tanto, no es lícito en esta materia dejar al juicio de cada uno el tenerlas ó no por profecías verdaderas, «luego de estudiadias».

«Bueno es por lo tanto,—prosigue el Sr. Fagoaga,—que nos hagamos cargo de todo aquello que tienda á mantener nuestra Fe y á alentar nuestra Esperanza».

Cosa rara es esta. Las profecías son *leyendas*, tanto que la Iglesia no las recibe *como tales profecías*; pero sus autores y sus defensores nos las dan por verdaderas profecías, de donde resulta que atribuyen á éstas la inspiración que la Iglesia no reconoce; y no obstante tamaña arrogancia, son «motivos de consuelo» y tienden á «mantener nuestra Fe y á alentar nuestra Esperanza». ¿Cómo es esto?

Hace al Sr. Fagoaga traición su fe en las profecías. En los tiempos de brutal pedantería que atravesamos, suele ser necesario y laudable disimular un poco para no exponernos á los malos tratos de los ignorantes metidos á críticos. Eso es lo que hace dicho autor; disimular un poco, aunque es tanta su fe, que no puede ocultarla.

«Porque realmente, prosigue, si los augurios á que aludo se realizaran en la época presente, no nos deberíamos quejar de nuestra buena suerte al vernos destinados á presenciar y á tomar parte en acontecimientos de todo en todo admirables y grandiosos, como los que hay predichos: refiérome al reinado de *un Gran Monarca*, que ha de coincidir con el de *un Gran Papa*, y que parece pronosticado para nuestros, en tal caso, felices y dichosos días».

Fijándose bien en el espíritu de esre párrafo, se ve que está por encima de una simple leyenda «más ó menos atendible» lo que inspira al autor. Sin em-